

## **El país equivocado (VIII)**

### **El País del Bagre (1)**

**Eduardo Casanova**

**A lo largo de más de siglo y medio, Venezuela ha buscado con desesperación un camino que lleve a la felicidad. En este octavo artículo, octavo de una serie de trece, se trata de la figura paternal y terrible del general Juan Vicente Gómez, paradigma del dictador latinoamericano.**

Juan Vicente Gómez nació, como Castro, en una de las zonas más bellas de Venezuela, en las montañas que son como verdes nubes, entre San Cristóbal y Cúcuta. Algo más cerca de la frontera que Castro, vio la luz en un día cercano al 24 de julio de 1857, en una hondonada, en la hacienda La Mulera, que era de su padre, Pedro Cornelio Gómez, hijo natural de José del Rosario García Bustamante, hijo a su vez de un prócer de quinta fila nacido en la actual Colombia. Pedro Cornelio tuvo una vida pública local destacada, y su hijo Juan Vicente, a su muerte, asumió el papel de patriarca familiar. Después lo sería mucho más allá de los límites de su parroquia.

La última vez que nos vimos, hablamos acerca de Cipriano Castro, el *Cabito*, y de cómo se hizo íntimo amigo y compadre de Juan Vicente Gómez, a quien, como parte de sus equivocaciones, consideró un simple subalterno y hasta vejó con su trato, sin imaginar que Gómez lo tumbaría, con el apoyo de los Estados Unidos, el 19 de diciembre de 1908. Previamente, había sido Gómez el verdadero jefe militar que derrotó a la Revolución Libertadora de Manuel Antonio Matos y de todos o casi todos los antiguos caudillos localistas de Venezuela, con lo cual Gómez asumió el papel histórico de liquidador de ese caudillismo local y de integrador del país, papel que se haría más notable durante su gobierno, cuando construyó caminos que hicieron innecesarias las salidas al extranjero (a Colombia o a Trinidad o a Curazao) para ir de una región a otra del país. Eso, desde luego, lo convierte para muchos

historiadores en algo así como un "mal necesario", puesto que en muchos sentidos le tocó reordenar un país que se había desintegrado casi por completo a partir de julio de 1811, y que desde 1903 se convertía en una verdadera unidad política.

Pero poco se ha dicho de la equivocación fundamental de Gómez, que ha podido ser un verdadero grande la Historia y prefirió quedar ante la posteridad como un tirano, como el paradigma del horrible dictador latinoamericano, caricaturizado por la literatura y por el cine, y recordado con horror por casi todos los que lo recuerdan.

En efecto, cuando empezó a gobernar, en 1909, hubo como una ola de alivio y esperanza en el país. Fue el tiempo de *La Alborada*, de Rómulo Gallegos, Julio Planchart, Enrique Soublette y Salustio González Rincones, cuando se creyó que había terminado el de los crímenes sin castigo (como el asesinato del general Antonio Paredes, que fue el detonante de la reacción contra Castro) y de los abusos de poder. El compadre de Castro ascendía al poder con el apoyo de los Estados Unidos y de Colombia, pero también de muchísimas personalidades que poco a poco se habían ido alejando de Castro a causa de sus arbitrariedades y abusos. En su primer Gabinete hay figuras de la Revolución Libertadora, como los generales Roberto Vargas y Rafael María Carabaño, y hay hasta figuras ligadas al guzmancismo. Poco antes de asumir la Presidencia Gómez no dio un discurso desde un balcón de la Casa Amarilla, sino que apenas balbuceó unas palabras, con lo que todo el mundo supuso que había concluido el tiempo de la retórica y de la demagogia castrista. Las primeras acciones de Gómez son la restitución de la libertad de prensa, la libertad de los presos políticos y una invitación a los exilados a que retornaran al país. Y hasta su negativa de disolver el Congreso y convocar a una asamblea Legislativa, como lo exigía mucha gente, fue interpretada como un acto de prudencia que auguraba tiempos mejores. A ello se sumaría la reducción del período constitucional a cuatro años, la creación de un Consejo de Gobierno en el que se ubicarían muchísimos de los jefes políticos que regresaron del destierro.

Pero pronto se vio que todo había sido un espejismo. Gómez fue elegido Presidente Provisional de la República, primero, y Presidente Constitucional para cubrir el período 1910-1914, después, pero en 1913 dio un autogolpe y se declaró continuista, por lo que habían caído en su trampa, como Leopoldo Baptista, Juan Pablo Peñaloza y varios connotados partidarios de la democracia volvieron al exilio o terminaron de nuevo presos. Entre otros, los estudiantes universitarios elevaron sus voces de protesta, y Gómez clausuró la Universidad Central por diez años. Empezaba una noche más larga y terrible que la que el país había padecido con su compadre Castro.

En nuestro próximo encuentro veremos las otras graves equivocaciones de Juan Vicente Gómez, cuyas consecuencias, en muchos casos, todavía padecemos.